

DISERTACIÓN FILOSÓFICA:

Naturaleza y cultura: ¿Qué nos hace ser lo que somos?

Una vez pregunté a mi profesor de filosofía qué es el ser humano. Su respuesta fue sencilla, el ser humano "ES". Tras su amplia sonrisa al ver que no entendía su respuesta, hoy comprendo cuán difícil era mi pregunta.

Dudo que a día de hoy nadie tenga una respuesta más acertada que esa, al menos para mí tiene sentido. ¿Qué nos hace ser lo que somos? Primero explicaré qué dos tipos de naturalezas son las que habitan en nosotros. Por un lado, la que nos viene dada nada más nacer y de la que no podemos huir, aunque a veces casi lo consigamos a un alto precio. La medicina moderna obra "milagros" y la ciencia juega a un juego peligroso, pretendiendo que seamos dioses en el campo de la genética. Nuestras necesidades más básicas, como alimentarnos, relacionarnos, reproducirnos... todas ellas impuestas por la naturaleza y a las que debemos satisfacer para sobrevivir. Por otro lado, está nuestra otra naturaleza, la peculiar, la que nos hace realmente diferentes del resto de los animales: la naturaleza humana. Ésta es la que lleva a nuestra historia, nuestro pensamiento, nuestras extrañas conductas... nuestra cultura, donde englobamos todo aquello que es singular del ser humano. Esta naturaleza domestica al chimpancé que llevamos dentro, a nuestras necesidades más humanas, hace que toda acción que hagamos sea diferente y tenga un sentido más o menos lógico o realmente estrambótico.

Desde que nuestros antecesores bajaron de los árboles y empezaron a caminar erguidos, marcamos una diferencia crucial. Guardábamos nuestras herramientas, las mejorábamos, cocinábamos los alimentos modificando la dieta. El canibalismo ha sido considerada una conducta de salvajes o animales. Los seres humanos somos antropófagos de una forma peculiar. Algunas tribus de América practicaban rituales, ya sean de carácter religioso o una forma de obtener fuerza del enemigo caído en batalla. No se mata para comer, se come al que ya ha muerto. Ninguna especie animal troceará y dividirá las partes de un difunto dándole un valor simbólico como la naturaleza humana.

Estos fueron algunos de los miles de cambios que irían pintando a grandes trazos lo que es hoy el hombre. Sin embargo, fueron solo pequeños pasos si lo comparamos con la creación de un lenguaje propio y complejo.

El lenguaje nos permitió expresar e intercambiar necesidades, emociones, ideas, ya sean simples o complejas dentro de un marco espacio-temporal concreto. Llegar a ideas comunes y aptas para cualquiera, encontrándonos ahora con cientos de lenguas y dialectos, sin duda, con la intención de no perder saberes y que otro los continúe. Más tarde, la escritura de estas lenguas facilitaría todo esto. Expresar sucesos que no ocurren en la naturaleza, sino en nuestra propia mente, utilizando esa herramienta divina de la que estamos dotados: la imaginación. Creamos así el arte de hablar, por el que los sofistas se hicieron famosos en Atenas. La fuerza física de un hombre no es nada si no se cultiva la sabiduría y la capacidad de hablar; en el hecho de persuadir al público es donde reside el verdadero poder, ya que el individuo, por sí solo, no llegará lejos, porque es "zoon politikón". ¿Es el hombre un animal político o creamos estas comunidades por medio de contratos sociales? El hecho es que vivimos en sociedad y el lenguaje es lo que nos permite la existencia de sociedades y la propia supervivencia de nuestra especie. Si desde pequeños se nos confinara en soledad, seríamos incapaces de desarrollarnos. Necesitamos de los demás para satisfacer nuestras propias carestías, de forma egoísta, condenados a una insociable sociabilidad; pero al mismo tiempo, como individuos, necesitamos relacionarnos con nuestros semejantes dentro de una sociedad basada en la libertad y leyes, viviendo una sociable sociabilidad.

Hemos llegado a reinventar necesidades y a crear otras nuevas en nuestro afán incondicional de marcar la diferencia con los animales. Pasamos a hacer de ellas un maravilloso arte. Incluso, para matarnos entre nosotros, creamos el arte de la guerra; para reproducirnos, lo llamamos erotismo o romanticismo; de los sonidos que ya existen por la naturaleza, creamos, en mi opinión, el más bello arte de entre todos: la música. La representación pictórica no hace más que reafirmar nuestro afán por transmitir ideas, plasmar la realidad en la pared en el fondo de una cueva o pintar la sensación del aire de una habitación ocupada por meninas. Ningún animal se planteará la creación de la bomba atómica o formas de cortejo para ser un Casanova o se dedicará a pintar bisontes en Altamira.

Todas estas nuevas necesidades traen consigo formas de satisfacerlas de modo caprichoso. Una de ellas es el amor y la necesidad de ser amado. Llegamos al mundo exigiendo afecto. No hay nada más humano que cuidar a crías que no son nuestras o que son de otras especies. La crianza es innata y beneficiosa para que nuestra especie

perdure. En contraposición, no hay nada más humano que la tortura. Atar a otro congénere en el potro y disfrutar del truculento espectáculo.

Este cambio superador de la cultura sobre la naturaleza se ve claramente influenciado por nuestras religiones y creencias superiores. Cómo los dioses olímpicos derrocan a los titanes. Los olímpicos representaban el orden, la paz, la cultura... los titanes, las fuerzas de las naturalezas, indomables y bestiales. Gea, diosa personificada de la tierra y Deméter, diosa de la agricultura. La mitología escandinava representaba a las fuerzas de la naturaleza, como los grandes gigantes y los grandes dioses en lucha permanente por la supremacía. El gigante de escarcha de donde surgió el mundo, Ymir, y la sabiduría, la poesía, la guerra, la justicia, encarnadas en las figuras como Odín, Thor, Tyr. Esta lucha por el poder del mundo no es más que el reflejo de nuestra historia, es puro darwinismo, solo la especie que se adapta es la que prevalece.

Hemos conquistado el mundo sin llegar a conquistarnos a nosotros mismos, ya que la naturaleza está a nuestra merced, aunque siga dando sus coletazos. Somos ahora quienes hacemos desaparecer especies animales y bosques enteros por completo y somos también quienes lo intentamos salvar por todos los medios, mediante campañas ecologistas o leyes de protección de animales en extinción. El único enemigo del hombre es el mismo hombre, "*homo homini lupus*". Nuestra raza está continuamente amenazada por una guerra civil a nivel mundial, sólo ha de haber un conflicto de intereses, por muy estúpido que resulte. Por esto mismo, necesitamos marcos jurídicos o éticos para garantizar, sin mucho éxito, el valor o la dignidad de la vida humana.

Los seres humanos tenemos la fuente de la inmortalidad, el recuerdo. Esta capacidad de rememorar o descubrir hechos históricos, ilustres personajes o antiguas especies animales ya extinguidas. El arte fue utilizado para este fin, intentar pasar a la eternidad y no caer en el olvido. Grandes edificaciones como las pirámides de Guiza, creadas para ser tumbas y recordar a pequeños hombres que creían ser dioses. Monumentos creados para recordar también nuestros grandes errores. Cuando éstos son olvidados tendemos a volver a repetirlos. Quizá los que nos precedieron no estén entre nosotros, pero la cultura ha sabido conservarlos. Hoy podemos abrir un libro y saber quién fue Aristocles y que dejó por escrito.

El ser humano ES, tanto de lo mejor como de lo peor. Nuestras dos naturalezas hacen que estemos en lucha con nosotros mismos por dominarnos y llegar a alcanzar un nivel

superior. Veo en nosotros, como animal natural, que no encajamos en la naturaleza, vamos contra natura, utilizándola como herramienta y destruyéndola. Veo en nosotros, como seres humanos, un virus que nace y muere constantemente, matándonos a lo largo de la historia y renaciendo como un ciclo vicioso con pocas o algunas variaciones, mutando ante las dificultades del medio y las que nosotros mismos nos imponemos.

Somos todo lo que hemos ido haciendo a lo largo de siglos de evolución, bajo la sombra protectora de la cultura. Ella avanza sin freno a pasos agigantados, mientras que la naturaleza humana lo hace muy poco a poco.

Quizá un día tengamos una respuesta más exacta sobre qué nos hace ser lo que somos o quizás sea mejor no encontrarla. Es difícil mirar al mundo tal y como lo estamos dejando. Creo, sin duda, que la naturaleza no tomó una buena decisión al dejarnos bajar de los árboles.

DIKAIOPOLIS